

## Isla.

Al final de todo, pienso, un naufragio es un naufragio y no considero necesario ofrecer muchos detalles del nuestro. Una noche, no sé en realidad hace cuánto, el barco en el que íbamos se sacudió por una tormenta y después se hundió; las marejadas se tragaron a casi todos. Nosotros coincidimos en un gran pedazo de madera que marcó nuestro destino; nos agazapados a él como si fuera la vida misma. Después, con el mar quieto nadamos hasta la Isla. Al principio creí que llegar con vida a la ribera que ahora es nuestra morada había sido un golpe de buen azar; al menos estábamos vivos. En el barco no crucé sino palabras superfluas, nada que yo pudiese llamar una charla profunda; aquí no ha sido diferente; me he apartado cuanto puedo de los demás, y eso quizás, es lo que me ha hecho conservar la cordura.

El primer día en la Isla se nos fue en llorar; sí, todos lloramos el llanto agridulce de estar vivos pero a la vez varados en la nada. Después del llanto nos vino fugazmente un semblante feliz, incluso yo, que suelo ser a lo sumo derrotista, tenía la esperanza, no lánguida, de que alguien nos rescatara; quizás la buena suerte nos alcanzaría no sólo para sobrevivir intactos a una tormenta desaforada como la de aquella noche, sino también para ser avistados por un helicóptero o avioneta de rescate. Con el transcurrir de los días, la esperanza comenzó por flaquear y después por fenercer; caímos en la cuenta de que sobrevivir a un accidente como el que nos sucedió es un hecho sumamente afortunado, y los hechos sumamente afortunados lo son porque no acontecen todos los días, son más bien esporádicos, casi improbables, y por ello, seguramente, todos nos darían

por cadáveres desaparecidos en el fondo del océano. Nos acogió la certeza de que nadie nos buscaba. Resumo nuestra desesperanza de la siguiente manera: Un día aprendimos a distinguir entre el sonido de las palmas agitadas por el viento y el fragor de las aspas de un helicóptero. Y es en la desesperanza de sabernos muertos para el mundo en donde germinó esta debacle.

Fincamos entonces nuestras expectativas en torno a un destino triste y alejado físicamente, repito, sólo físicamente, de todo lo que fue nuestra vida pasada. En lo personal, yo deseaba vivir como animal, como animal moribundo, presa de ésta mala suerte de haber sido sobreviviente. No tenía las pretensiones de los demás, no quería establecer ninguna clase de orden en la Isla. ¿Para qué? Pero sólo yo pensaba así. Los demás propusieron hacer un plan de acción para encontrar la forma de sobrevivir, de guarecerse del tiempo y de buscar comida y agua, para establecerse aquí. Caminé con ellos sólo por hacerlo. La vegetación del lugar los hizo sospechar que aquí había agua para beber; y así fue; encontraron agua dulce y unos árboles con bayas ambarinas de sabor empalagoso y penetrante.

Poco después del hallazgo, Tristán intentó erigirse como líder. Propuso hacer de este lugar un dominio nuestro, una sociedad, no una familia, no un hato de humanos, sino una sociedad justa, que plasmara la condición primigenia del ser humano: la libertad; aquella que, afirmaba él, le es arrebatada en el instante de nacer. Hablaba de un tierra ajena al amparo de un dios, distante a cualquier opresión, un lugar que lograra aquella utopía política de igualdad en la que muchas naciones habían fracasado. Decía, y sigue diciendo, que si inexorablemente permaneceremos aquí por siempre, hagámoslo de una forma

digna, soberanos, apartados del orden pernicioso de aquel mundo al que nunca volveremos; teníamos en nuestras manos la oportunidad inmejorable, decía, de comenzar como humanidad, de volver al principio de los tiempos, de enmendar el camino; propuso un nombre para este lugar; un nombre llano pero significativo, como él lo describe: Isla Libre. Y a su causa se unieron Arcángel y Eleuterio. Al principio, según lo que observé, siguieron la causa por pura admiración, porque Tristán nos guió hacia el agua, porque probó las bayas sin la certeza de que no fueran peligrosas, porque diseñó una cabaña y porque no dejaba de idear una forma de pescar en el mar y hacer fuego. Eso antes, pero ahora, los dos se han convencido de que esto se llama Isla Libre, de que han dejado al viejo mundo, de que han emprendido un nuevo viaje emancipado de hegemonías y dictadores, en donde pueden andar desnudos, sin deidad, en donde no son marineros, ni artesanos, ni constructores ni comerciantes, dicen que se han desatado de cualquier lastre de cautiverio... ¿quién nos gobierna ahora? Preguntan con arrogancia. ¿Quién es nuestro patrón?... Somos dueños de nosotros mismos... eso afirman. Se han convencido de lo que pregonaba Tristán salvajemente a Olarte, a Blas, y Carlos, poseído por un furor que espantaba. Cuando discutía, Tristán era violento en su tono, gesticulaba como demonio, era arrebatado y le recriminaba a gritos a Olarte el ser creyente y persuadirnos a los demás de que lo fuéramos. Olarte nos conminaba a vivir y a morir en santidad, aceptando que todo sucede por algo, que la vida es una prueba constante, que se sobrevive con la fe, que nuestro destino había sido marcado para restablecer la condición del hombre en el Jardín del Edén, que esto era la antesala de cielo; proponía basar el nuevo orden en los principios de la cristiandad, de la obediencia a un creador; dice que el

fracaso del mundo al que nunca volveremos estriba no en el abandono de una doctrina política sino de una doctrina religiosa; que la naturaleza deletérea del hombre es el deseo de dominio, una concupiscencia asquerosa, y que ningún sistema político, por más íntegro y equitativo que parezca en la teoría, sobreviviría a nuestro instinto; que sólo la espiritualidad nos llevará a la autonomía, que el proyecto de Tristán no sufriría un final diferente al de cualquier nación habida, afirma que Dios nos guiará a la perfecta sociedad; a una comunidad cristiana. Yo prego una libertad genuina Tristán, decía. *Y la verdad os hará libres*, dice. Y Blas y Carlos se arrodillaban y alzaban las manos al cielo, y cuando Tristán se distraía, persuadían a Eleuterio y Arcángel de enmendar su camino, de aceptar el orden sugerido desde la creación del mundo, ése que todos habían abandonado; entonces Eleuterio y Arcángel mencionaban la teoría de Darwin para invalidar los dichos de una creación de autoría divina, y les decían retrógradas –palabra muy utilizada por Tristán-. Yo los observaba, los escuchaba, examinaba su rebatinga, también la de Olarte y Tristán, y me acontecían nauseas, supongo, por la baya empalagosa.

Isla de Dios... así llamó Olarte a este lugar. Lo nombró así el mismo día en que se consumó la debacle. Comenzó a contar que era feligrés asiduo de una iglesia protestante, que su vida no fue la misma desde que entró a ése templo que estaba en el centro de su ciudad natal. Habló de su viejo hombre interior, del pecado de insubordinación, de un vacío espiritual antes del momento neurálgico de sus días, de una vida pasada transcurrida de engaño en engaño, pensando en un cielo vacío sin habitante supremo; después equiparó tal vacío y tal engaño con las

ideas de Tristán, diciendo que aquella vida que proponía estaba viciada conforme a los deseos de error. Nos conminó, una vez más, a formar una sociedad apegada a los principios de la fe, a abandonar la retórica política, las falsas pretensiones de una felicidad fincada en el mundo terreno y perfilar nuestra mirada hacia el reino de los cielos, en donde la polilla no mina y los ladrones no corrompen; se propuso una vez más como nuestro guía, nuestro pastor; entonces Tristán le dijo que la religión era un opio –frase que aprendió de un libro que le prestaron, según le dijo después a Eleuterio y Arcángel, hacía años en una reunión de cierta asociación política de la que no recuerdo el nombre-, acto seguido se le fue a los golpes. Olarte, para sorpresa de sus dos discípulos, olvidó la paz y templanza de un cristiano y respondió a la agresión. Ni las olas del mar disimularon el sonido áspero de los puños estrellándose en las caras. Una porción de arena se manchó de sangre, los dos terminaron agotados y heridos, con el rostro abultado resultante de un espantoso empate. Después Olarte justificó la violencia con sus pupilos citando un pasaje de los evangelios: *No he venido a poner paz sino espada.*

En adelante a tal suceso dejaron de ser un grupo. Sin bien las desavenencias eran agudas, antes de la pelea no eran impedimento alguno para compartir la cabaña, para hacer expediciones juntos, para contarse quiénes eran antes de ser lo que hoy son: seis pobres náufragos. Muy al principio las disonancias ideológicas se trataban de manera suave, incluso cortésmente, con enunciados sutiles que conminaban pacíficamente a una reflexión diferente, a reparar en los lados flacos de la propia ideología. Ambos comenzaron al mismo tiempo con las hostilidades, a llamarse estúpidos, ignorantes, inflexibles. Con todo ello, no se separaron,

ofrecían disculpas por las ofensas minutos después de proferirlas, tenían aún esperanzas de convencer por vía pacífica al oponente. El grupo de Olarte buscaba materiales que facilitaran a Tristán la fabricación de una herramienta de pesca y no cesaban de proponer maniobras para crear fuego. Conforme se acumularon los debates, las disculpas por las ofensas fueron desapareciendo, había lapsos de tiempo tensos, de silencio, en los que todos trabajaban para mejorar la cabaña, para encontrar alimento diferente a la baya, para hacer algún tipo de zapato que protegiera nuestros pies cuando íbamos a tomar agua, para hacer de la Isla un lugar menos adverso para el cuerpo, tal afán era el hilo delgadísimo que los mantenía unidos a pesar de esa rivalidad que se encarnizaba con las horas, porque para lograrlo ninguna mano era innecesaria, todos necesitaban de todos y ahí no importaban las ideas sino el fin común de supervivencia. Ya en los tiempos de asueto, de cansancio profundo, volvían los debates infértilles.

Después de la pelea a golpes cada grupo se hizo de un territorio. Los de Tristán se quedaron con la cabaña y los de Olarte tuvieron que construirse una. Yo puedo deambular en las dos divisiones cuando así me plazca, fuera de mí, nadie merodea sino el terreno que delimitó su ideología. Ninguno de los bandos deja de trabajar por allanar las condiciones del lugar. Les cuesta más trabajo por separado. Hace dos días, el grupo de Tristán por fin halló la forma de atrapar peces. Atraparon uno plateado como de dos kilos. Hubo mucha algarabía de aquel lado, pero, las caras jubilosas no lo fueron tanto cuando sus paladares sintieron el sabor incómodo de la carne cruda. La ironía del asunto es que ese mismo día, los

Por Yerad Gracia

del grupo de Olarte alcanzaron de igual forma un logro mayúsculo: descubrieron la manera de hacer fuego.

Unos el fuego y otros la carne; yo pensé que talvez eso les haría reconsiderar las disputas; pero no fue así, en adelante la situación se tensó al extremo. Se miraban con recelo, a lo lejos se amenazaba de muerte; el sueño incumplido de un pescado asado los volvía violentos, recrudecía cada vez más su intolerancia. Olarte rezaba por un pescado, Tristán pasaba el día entero frotando piedras, alucinando chispas.

La situación tocó fondo este medio día, cuando Tristán y sus aliados se decidieron a robar el fuego y del otro lado, Olarte y sus aliados decidieron robar la reserva de pescados de sus rivales; ambos al amparo de sus ideas. Unos decían que no había soberanía sin guerra, que aquella era su guerra, que no era por el fuego, que estaba en disputa la libertad, que ése era su territorio, Isla Libre, y que si en su Isla había fuego, les pertenecía. Los otros argumentaban que Dios les había enviado pescados por medio de aquellos infieles; que en la antigüedad, según las escrituras, -pusieron por ejemplo al rey David - Dios ordenaba saquear a los pueblos idólatras, quedarse con sus bienes y matar a todos los moradores.

Yo supe que unos intentarían robar el fuego y otros robar los pescados, pero no previne a nadie. Quizá debí, desde el principio de esta riña, hacer uso de mi posición privilegiada en la Isla; aprovechar que mi voz no causaba malestar a nadie; que, por conveniencia, todos me escuchaban; que muchas veces se reunían en torno a mí para contemplarme, para decirme que yo era la pieza más

importante en sus proyectos de nación; la pieza clave. Muchas veces me he quedado a poco de comunicarles mi sentir: que esta disputa es estúpida, que en el fondo no preganan libertad sino tiranía; que sus propios conceptos les han tendido una trampa al principio sutil y hoy descarada, que cualquier doctrina liberal, según pienso, deja de serlo cuando neciamente se quiere imponer a los demás; que no es el territorio ni a las masas lo que se libera, porque ni las piedras ni las palmas de esta isla tienen corazón, y el diminuto puñado de personas que la habita no es un cúmulo de cabezas con ideas homogéneas a los que los sujeten la misma cadena; que la autonomía no es una brisa ligera que baña a todos en sincronía; que la libertad es un bien particular; pero he callado. Talvez enmudecí por miedo a que mi razón divagara como la de ellos y mis conceptos de libertad mutaran peligrosamente en un arma colonizadora; por eso me limito solamente a observar con desasosiego el derrumbe de sus naciones.

Ahora mismo los seis están heridos, no de gravedad, ojos púrpuras, cabezas abiertas y piernas que cojean. Cada quien está en su territorio; todos comiendo pescado asado; fingiéndose despojados, unos de su fuego, otros de sus pescados, porque se dejaron robar y después sobreactuaron indignación. Quisiera no pensar que el convenio tácito de la comida será el único al que llegarán, pero tengo total certeza de que así será porque este lugar, dicen, no puede tener dos nombres; en Isla Libre no caben los *retrógradas* y en Isla de Dios no caben los *blasfemos*. Y auguro, con hastío anticipado, que las proteínas del pescado les proveerán de fuerza para seguir guerreando.

Todos los días, Tristán y Olarte se acercan a mí; me dicen que decida de una buena vez con quién me voy. Pero yo estoy dispuesta a no ser la progenitora de una prole que nazca en un imperio de pregones huecos de libertad por la vía de la religión o por la vía un sistema político.

Una botella vacía de jarabe, una libreta pequeña que compré en el puerto para anotar mis experiencias en alta mar y una pluma de tinta roja son suficientes para preservar mi historia; talvez el hecho de que la noche en que naufragamos hayan coincidido en los bolsos de mi chaqueta sea el único buen azar en los últimos días de mi vida. Para cuando alguien encuentre éste escrito en la botella, flotando cerca de una playa o reposando en la arena de algún lugar lejano, todo esto habrá culminado, y tengo total certidumbre que será de la siguiente forma: Seis esqueletos posados en la orilla de esta isla sin nombre. Se herirán, al paso de los días, con más frecuencia, al punto inexorable de las heridas mortales; al principio un pie o una mano rota, después afilarán ramas sólidas y se atravesarán unos a otros; uno a uno irán pereciendo, desolados, tristes, añorando los días en que yo estaba con ellos, recordando esa noche en que durmieron, cuando el agobio del dolor de una patada en la espalda les dio tregua, la última que me vieron, suponiendo, acertadamente, que mientras reposaban, yo nadé mar adentro, hasta el cansancio, hasta hundirme lentamente, experimentando al principio la molesta sensación del agua fría y salada en mis narices y en mis ojos; sintiendo después el placer de haber escapado de su locura, de su fanatismo, echando el cuerpo al fondo del mar para ser alimento de monstruos marinos.